



Fig. 190. — Vista general del palacio de Darío en Persépolis. (Dieulafoy).

caliza; todo lo demás es de ladrillo cocido y barnizado, y de allí provienen los más espléndidos ejemplares de la cerámica vidriada antigua, los llamados arqueos de Susa, trasladados por M. Dieulafoy al Louvre. Susa está situada en la pendiente de las montañas persas, bastante próxima todavía para ofrecer toda clase de seguridades, y al mismo tiempo más céntrica para dirigir el gobierno de las provincias del Asia y mantener relaciones diplomáticas con Egipto y Grecia. Las embajadas y los sátrapas ó gobernadores iban á Susa para tratar con el omnipotente monarca oriental; en Susa pone Esquilo la acción de *Los Persas*, en esta misma ciudad coloca también la del conocido episodio del regreso de los vencidos de las guerras médicas, y en Susa, finalmente, se concertó la paz con Grecia.

El edificio de Susa ofrece la curiosa circunstancia de estar más influido de las vecinas construcciones asirias; su fábrica es toda de ladrillo, hasta los mismos toros alados de las puertas están hechos con piezas esmaltadas. En cambio, las columnas y los capiteles, que son de piedra, en Susa lo mismo que en Persépolis, responden al tipo persa, completamente original.

Después de haber visto tantas cosas que el arte persa imitó de los pueblos del Asia y del Egipto, hemos de observar ahora algunos de los elementos en que manifestó cierta potencia creadora. Lo más interesante en este sentido es la columna, que no tiene precedentes en ningún otro estilo: es mucho más alta y esbelta que las egipcias; su proporción indica, acaso, un primer origen de un soporte de madera.

La base de la columna es de forma acampanada, como enorme flor invertida, sin precedentes en el Asia ni en Egipto. El fuste tiene estrías, pero más numerosas que en la columna griega, y encima descansa un grupo originalísimo de volutas combinadas, con dos toros fantásticos ó unicornios, que sirven de cartelas para sostener las vigas de la cubierta. Entre los dos monstruos, en el

espacio que media del cuello á las grupas, se apoyan las vigas transversales. Una sola mirada á la fotografía del capitel de Susa, expuesto en el Louvre, dará de él mejor idea que todas nuestras descripciones (figs. 192 y 197). Conviene imaginarse el maravilloso efecto que produciría una sala como las de Persépolis, con sus cien columnas altísimas, rematadas con estos capiteles singulares. Las líneas de las columnatas paralelas sostenían las vigas y caretones, policromados y dorados; las tapicerías y cerámicas brillantes del Oriente derrocharían el color en sus paredes, abiertas de trecho en trecho por aquellos raros nichos en forma de ventana ciega, rematados con la gola egipcia, que debieron servir para depositar los perfumes y utensilios del ceremonial.

En los palacios persas hemos visto combinarse los elementos del arte del Egipto y de Lidia con la construcción y los materiales cerámicos de la Caldea; y á pesar de ello, hubieron de constituir dichos edificios un estilo verdaderamente propio, que vemos aún más caracterizado por la manera de estar dispuesta la cubierta, seguramente de material leñoso, pues no se ha encontrado en las ruinas resto alguno de dintel ó piedra de arquitrabe. Es de suponer que encima de los toros de los capiteles descansaba un entramado de madera, formando casetones, y que en las fachadas, las cabezas de las vigas y el plano de la azotea se disimularían con ricas cerámicas de colores. Una base para la restauración de la cornisa es el entalle, que aparece en las jambas y en los machones de piedra con que terminaban las columnatas. Sirve también muchísimo la representación del edificio ó palacio esculpido en las fachadas de las tumbas reales, de que vamos á hablar á continuación.

Este es otro tipo arquitectónico sin precedentes que los monarcas persas adoptaron para sus sepulturas. A excepción de la tumba de Ciro, en Pasargada, todos los soberanos están enterrados en la necrópolis real de Nachi-y-Rustem, á tres kilómetros de Persépolis, en un lugar donde la montaña forma una corta-



Fig. 191. — Puerta del palacio de Darío, con el remate en forma de gola egipcia.

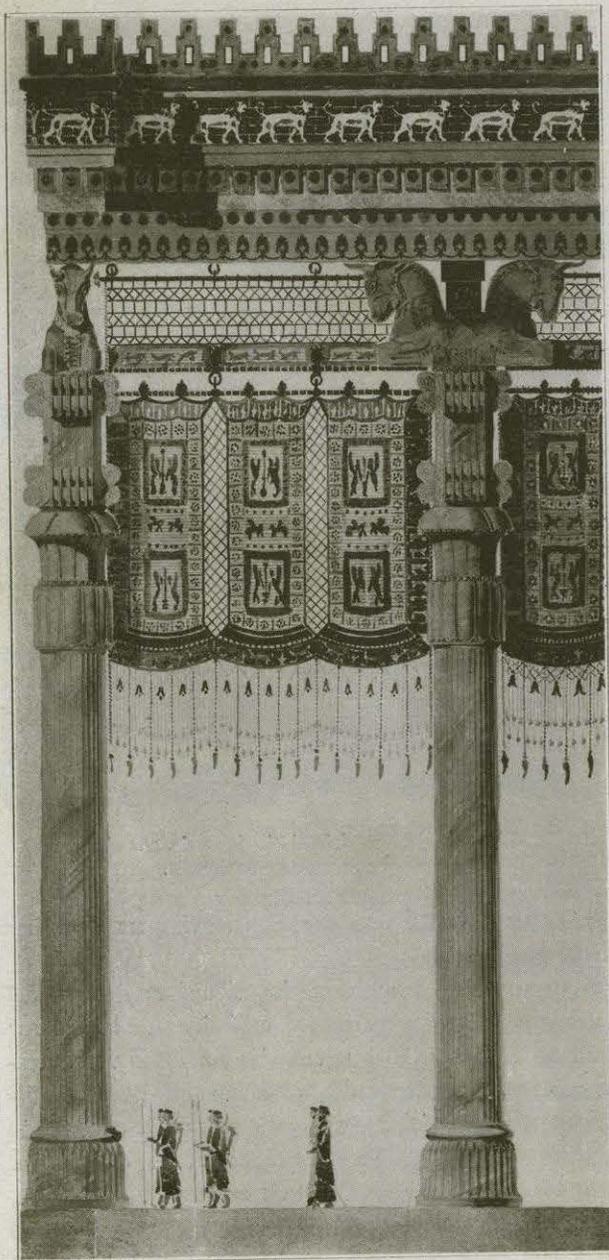


Fig. 192. — Restauración de las columnas persas.

de los soberanos de Persia está sostenido por medio de figuras de oro macizo que hacen las veces de pilastras. La gloria y la piedad del monarca quedaban perfectamente representadas con su palacio y el trono, levantado sobre el pedestal que sostienen los vencidos.

En el interior de la roca, en cambio, se ha excavado una sencilla cámara, con algunas fosas en el suelo para los cadáveres de toda la familia real. Los

dura en hemicíclo, de paredes verticales (fig. 194). La superficie de la roca se ha regularizado para formar la fachada de cada tumba, esculpiendo en ella un inmenso relieve en honor del monarca allí enterrado. La parte inferior de esta fachada es casi lisa, formando un basamento; sigue una segunda faja más ancha, donde está representado un palacio real con su columnata exterior, y donde se abría la puerta de acceso á la cámara sepulcral, y, por fin, encima corre una tercera faja, donde el rey está en oración devotamente, delante del altar del fuego sagrado, adorado por los persas. Este tercer piso del relieve es lo más curioso del monumento, porque el rey está de pie sobre un alto sitial ó trono sostenido por un grupo de figuras representativas de sus diversos vasallos, escogidos entre las naciones del Asia. Aún hoy el trono rea-

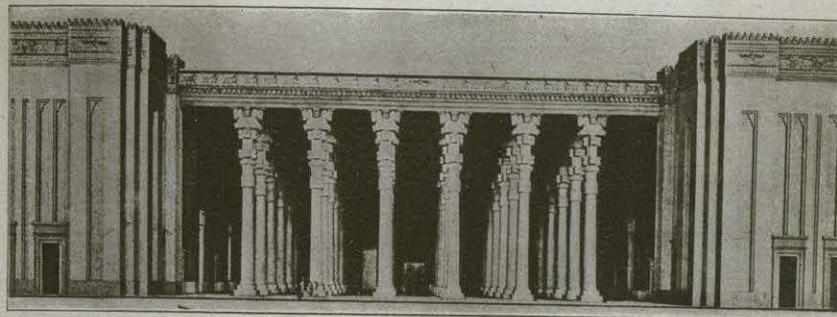


Fig. 193. — Sala del palacio de Susa, según una restauración de Dieulafoy.

persas continuaron viviendo organizados patriarcalmente, incluso en las épocas de su mayor poderío, y el rey edificaba una sepultura común para él y todos los suyos. Las tumbas de los reyes se abrieron unas al lado de las otras, en la misma muralla de Persépolis, hasta la expedición de Alejandro. Todas están construídas por el mismo tipo, que Persia no pudo tomar de Asiria, porque los monarcas de Nínive no tuvieron sepulturas monumentales. Tampoco responden al gusto de los Faraones, porque su cámara sepulcral en el valle del Nilo está siempre hábilmente disimulada en el centro de la pirámide ó en el corazón de la montaña.

Por todo lo dicho se comprende que Persia, aprovechando elementos de las naciones más antiguas, creó en arquitectura un arte original. Fué el primer pueblo que, de la síntesis suprema de los conocimientos de su tiempo, produjo tipos eminentemente nacionales.

En escultura el arte persa imita también los estilos mesopotámicos. Tene-



Fig. 194. — Tumbas reales persas de Nachi-y-Rustem. (Dieulafoy).



Fig. 195. — Tumba de Jerjes en Nachi-y-Rustem.

mos un repertorio mucho más reducido de relieves persas que el que nos han proporcionado los palacios asirios. La construcción persa era más sólida; tenía todas sus partes capitales de piedra, y no hacía tanta falta el revestimiento de placas con representaciones figuradas, que eran casi indispensables en los palacios asirios, de simples ladrillos secados al sol. En cambio, el arte persa, que se limitó únicamente á ejecutar las obras encargadas por los monarcas, era un arte exclusivamente aristocrático, más fino y elegante que el de los relieves de Nínive. La piedra era también una caliza fina, y de estructura más consistente por lo tanto, no aquellos bloques de piedra de yeso que habían empleado los asirios.

Cómo en Persépolis se interpretaron los tipos asirios, podemos verlo en



Friso de cerámica vidriada, procedente de Susa, llamado de los arqueros de Darío.  
(Museo del Louvre)

los toros alados de los propileos, que tienen ya una depuración de formas, una estilización nueva, más elegante que los terribles monstruos de los palacios de Ninive.

La escalera de Persépolis está decorada con varios bellísimos relieves de leones y tigres, monstruos raros, como los que vemos combatir con Darío en las jambas de las puertas de su palacio (fig. 196). Esta inclinación especial de los escultores por las figuras de animales idealizados se ve también en los unicornios de los capiteles, que ofrecen una cierta variedad; no todos reproducen exactamente el mismo tipo.

Respecto á la pintura, una primera manifestación de este arte era la policromía que decoraba los relieves de Persépolis, de los que quedan todavía algunos rastros. Pero donde el instinto de los persas, como coloristas, se revela más ampliamente, es en las cerámicas vidriadas. Principalmente en Susa, donde la construcción de la *apadana* era de ladrillo, han sido encontradas las más interesantes losas vidriadas, obra de los decoradores persas: son fajas con grandes animales, descompuestos en un sinnúmero de pequeñas losetas, ó con hileras de guerreros, que debieron representar los fieles *inmortales* de la guardia imperial, tan famosos hasta en la literatura griega. (Lám. IX). Cubre su cuerpo una larga túnica, llevan lanza cada uno, y sobre la espalda el arco y la aljaba con las flechas. Estas curiosas figuras se repiten á menudo en largas hileras, formando una imponente serie de rígidos personajes de más de dos metros de altura, pulcramente ejecutados en las pequeñas losas vidriadas.

El color de todo el friso es de una suave tonalidad azul y amarillenta; se revela ya en esta obra el arte propio de los ceramistas persas, que durará toda la Edad media, porque la Persia fué el único pueblo del Oriente clásico que quedó fuera del radio de acción de las legiones romanas. Los emperadores romanos tuvieron que resignarse á establecer su frontera en la orilla derecha del Eufrates, y así en las altas mesetas de la Persia el orientalismo siguió desarrollando sin perturbación alguna sus tipos y estilos tradicionales.



Fig. 196. — Relieve del palacio de Darío en Persépolis. (*Dieulafoy*).

Las monarquías persas sasánidas, constituídas al desmembrarse el efímero imperio de Alejandro, fueron el lazo de unión entre el Oriente antiguo y el arte árabe y bizantino.

RESUMEN.— Los principales edificios persas son los palacios reales de la terraza de Persépolis. En Susa, más tarde, se construyó también un palacio bajo el mismo estilo persa. Estos palacios reales tienen muchos elementos imitados de las antiguas residencias asirias. En la terraza de Persépolis se encuentran primero los propileos, flanqueados de toros alados. Los pabellones de recepción eran grandes salas con altísimas columnas, coronadas de un típico capitel con dos monstruos ó unicornios, que sostienen las vigas. La parte destinada á habitación tenía también una sala central con los mismos soportes verticales, y en los ángulos y á los lados, estancias cerradas. La construcción de estos edificios persas era de piedra en los pies derechos y aberturas, el resto del muro debía estar relleno de ladrillo y revestido de losetas vidriadas. El arte persa es un arte ecléctico, que toma lo que necesita de los estilos de otros pueblos, pero en él se manifiestan ya las especiales condiciones artísticas de la raza. Su aislamiento del mundo greco-romano conservó puro su orientalismo, para entregar después á los árabes, en la Edad media, sus tradiciones artísticas, especialmente la cerámica barnizada.

BIBLIOGRAFÍA.— FLANDIN Y COSTE: *Perse ancienne, voyage en Perse*, 1840.— M. DIEULAFOY: *L'art antique de la Perse*, 1885. *L'acropole de Suse*, 1890.— Un excelente resumen es el tomo V de la *Histoire de l'Art dans l'antiquité*, de PERROT Y CHIEPIEZ.— Sobre la historia de la misión de M. Dieulafoy, véase el libro de Mme. DIEULAFOY: *A Suse, Journal des fouilles*, 1888.

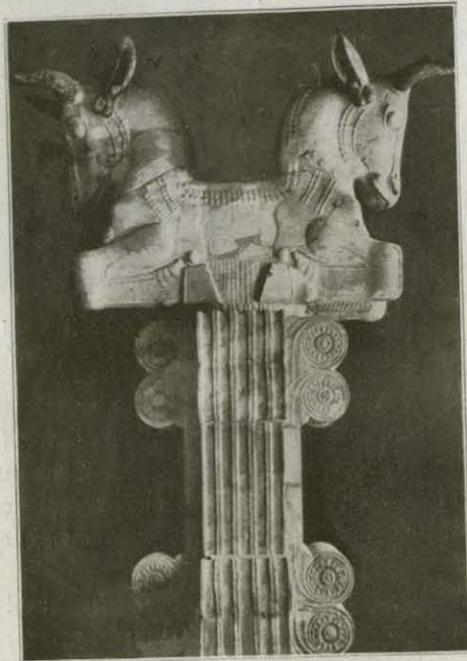


Fig. 197.— Capitel persa de Susa. (Louvre).



Fig. 198.— Relieve hitita de Bogaz-Kieu. (Perrot).

## CAPÍTULO IX

LA EXPANSIÓN DEL ARTE ORIENTAL.— LOS HITITAS.— FENICIA Y CHIPRE.— PALESTINA.  
LAS COLONIAS MEDITERRÁNEAS DE LOS PUEBLOS ORIENTALES.— EL ARTE IBÉRICO

ALREDEDOR del núcleo principal del imperio asiático, una serie de pueblos menores formaba una corona de provincias casi independientes. Todos estos pueblos tuvieron sus días de actividad artística y cada uno de ellos tomó parte en el desarrollo de las ideas orientales. El primero, el más antiguo, era el temido reino de los Hititas, que los egipcios llamaban *los Kati*, y que á menudo vemos representados en los relieves de Karnak y de Nínive. Habitaban en las altas montañas de la Siria, hasta el mar Negro, y desde allí descendían á menudo para detener el avance del Faraón, primero, y después de Assur, en los altos valles del Eufraates. La importancia de los hititas había disminuído extraordinariamente cuando los profetas hebreos escribieron los libros posteriores á la cautividad de Babilonia, de manera que, como todos los pueblos antiguos desconocidos por la Biblia, ha sido indispensable restaurar su historia con las tabletas de los archivos reales de Nínive y los relieves de los monumentos. En estos últimos años ha sido descubierta la capital del estado hitita, Bogaz-Kieu, y las exploraciones de sus edificios nos han dado regular



Fig. 199.— Relieve hitita.